

Educamos para la violencia

H

JOSE JESUS NARANJO GIRALDO
Docente Departamento de Ciencias Humanas
Universidad Autónoma de Manizales
Candidato a Magister en Filosofía con Énfasis en
Epistemología

oy, más que nunca, se habla de la necesidad de una verdadera educación y de dejar de lado la mera instrucción que durante el último siglo se viene impartiendo en los centros educativos. Es muy cierto que muchas veces nos quedamos en la mera instrucción; es decir, no creamos cultura sino que transmitimos una cultura y los jóvenes estudiantes la memorizan y la aprenden. Y lo peor de todo está en que transmitimos una cultura extranjera, ni siquiera la propia. Copiamos todo lo exterior y poco nos preocupamos por lo nuestro.

Pero en el caso de la violencia es bien distinto, esta cultura si es muy propia y hemos creado la llamada "cultura de la muerte". De tal forma que no instruimos sino que verdaderamente estamos educando para la violencia. ¿Cómo lo hacemos? Despejar esta inquietud es lo que nos proponemos en este artículo. Esperamos ser lo suficientemente claros porque este asunto no es del todo fácil.

Si bien es cierto que la violencia y la muerte son, de alguna forma, necesarias y han acompañado al ser humano desde el inicio de su existencia, esto es,

desde que hizo su aparición en la tierra, también es cierto que la violencia y la muerte que nos acompañan hoy en Colombia son las más degradantes, humillantes, viles, miserables y arrastradas de las que ha sufrido el hombre a lo largo de su historia, porque son una violencia y una muerte sin sentido, sin razón, sin ideal alguno. Al que le toque: al truhán o al gran señor, al niño o al mayor. Ya nos matamos sólo por matarnos: los "paras" matan a la guerrilla porque la guerrilla mata y el gobierno mata "paras" y guerrillas porque estos son asesinos y viceversa y así... construimos la historia sin fin de Colombia. ¿El precio? Todo un pueblo cotizando para el sucio juego de la guerra, bien sea con la propia vida o con más impuestos, con las vacunas o con el dinero para el rescate. ¡Absurdo! ¡mil veces absurdo!

Ahora, toda Colombia pone el grito en el cielo: ¡No más! ¡no más! ¡no más! ¡queremos paz!, ¡queremos paz! ¡queremos paz! Y hacemos las marchas. No decimos que las marchas no sirvan. De hecho crean conciencia de la necesidad de un cambio, pero las marchas no solucionan el problema. Mientras haya estómagos hambrientos y cuerpos cubiertos de harapos, no habrá paz. Es un problema de todos, que requiere cambios estructurales de fondo. Desde la conciencia personal interior de paz, hasta la conciencia colectiva del bien común: desnudar



nuestro ego y reconocer que mi existencia es sólo posible en la medida en que el otro también tenga la oportunidad de existir.

Necesitamos, entonces, una cultura del trabajo, del estudio y de la vida comunitaria si queremos sacar adelante esta resquebrajada Colombia. La cultura occidental que vivimos, la heredamos de los griegos y de los romanos. Los primeros se dedicaron al conocimiento y por eso fueron grandes sabios, no sólo en teoría sino en la práctica: sabían cómo actuar. El interés más grande era lograr el equilibrio y por tal motivo eran sobrios en el comer, en el vestir, en el beber; en fin, en el vivir. Los segundos, se dedicaron al poder. A conquistar el mundo conocido de ese entonces. Hicieron las leyes y nos las legaron, pero poco les interesó el conocimiento; lo que sabían, en su mayoría, lo copiaron de los griegos, pero no lo llevaron a la práctica.

Al contrario de los griegos, los romanos hacían sus grandes bacanales y llevaban una vida licenciosa. Aprendimos de estos a no llevar a la práctica el conocimiento que heredamos de aquellos y peor aun, nos quedamos con la vida licenciosa, fácil e hicimos nuestra, la ley del menor esfuerzo. ¡vida buena, dinero fácil! Entonces, narcotráfico o atracar o robar o matar. Mucha plata, en poco tiempo y sin trabajar demasiado. De aquí que hablemos de la necesidad de una cultura del trabajo arduo, persistente, honrado y tenaz.

Ahora bien, necesitamos, además, una cultura del estudio a ver si alcanzamos algo de sabiduría. El sabio, decían los griegos, no necesita de policías puesto que sabe como actuar. Sí, el conocimiento nos muestra el mejor camino para ser y hacer en el mundo. Fuera de eso, con él es posible salir del atraso en que estamos sumidos (país en vía de desarrollo, dicen).

Y una cultura de la vida comunitaria, no para que todos tengamos lo mismo sino para que a nadie le

falte lo indispensable para sus necesidades básicas: vivienda, salud, educación, vestido, alimentación. Tal vez así, logremos la tan cacareada paz.

Pero, decíamos al comienzo de este artículo que la violencia y la muerte son, de alguna forma, necesarias. No queremos que esta idea quede en el aire sin explicación alguna. ¿ha pensado, amigo lector, alguna vez, qué pasaría si no existiera la muerte? ¡simple! El planeta tierra estaría relleno de seres humanos y habiéramos necesitado desde hace mucho tiempo, conquistar otros planetas para rellenar. ¿Necesaria la muerte? ¡Claro!, indispensable, pero que sea una muerte digna y no de perro sarnoso y callejero como la que vivimos a diario. ¿Y La violencia?, pues aunque se aterre, también es necesaria porque es parte de nuestras emociones y las emociones nos motivan, nos mueven a actuar. Sin la alegría, el dolor, la tristeza, el placer, y por supuesto, la violencia, no actuaríamos.

Lo importante es saber que tenemos esas emociones y saberlas controlar. Parafraseando a Aristóteles, quien dijo que cualquiera puede ponerse furioso... eso es fácil... pero estar furioso con la persona correcta, en la intensidad correcta, en el momento correcto, por el motivo correcto, y de la forma correcta... eso no es fácil (Ética a Nicómaco), diríamos que: ponerse violento es fácil, pero ponerse violento con la persona que corresponde, en la intensidad adecuada, en el momento preciso, por el motivo debido y de la forma correcta, eso sí que no es fácil.

Ahora bien, ¿quién puede negar que a veces necesitamos hacernos un poco de violencia para salir de una situación determinada que nos tiene acorralados? O que necesitamos ser algo violentos para que nos respeten y no pisoteen nuestros derechos o nuestro espacio personal?. Tenemos la manía de rechazar los sentimientos negativos y la tendencia a creer que es posible la plena felicidad. Eso no es cierto. La vida es paradójica: al lado del éxito está

el fracaso, de la alegría está la tristeza, del placer el dolor, del amor el odio. Lo que debemos aprender es a conocer nuestros estados de ánimo y sacarles provecho. ¿Cuántas veces de un fracaso extraemos una gran enseñanza o de un dolor muy grande, un alivio y una paz reconfortantes?

Esto es lo que debemos aprender: ¡Conócete a ti mismo! Vieja máxima griega, que oímos pero jamás la tomamos en serio ni la llevamos a la práctica.

La hipótesis que sostenemos es la siguiente: La ciencia alcanzó un pedestal muy alto y por sus frutos obtuvo mucha aceptación entre los seres humanos, esto hizo que sólo nos preocupáramos por el desarrollo de la razón y dejáramos de lado el desarrollo de la emoción y del actuar en el mundo. El hombre, entonces, se olvidó de su existencia vital, de los sentimientos y de sus emociones, tanto que llegó a reprimirlos y no tuvo en cuenta que esos conocimientos racionales debían llevarse a la práctica y que las emociones son las que, precisamente, nos mueven a actuar en forma ecuánime.

Esa educación sólo en lo racional, con el tiempo, produjo un desequilibrio en los hombres y mujeres, pues el cerebro también controla las emociones, pero las reprimimos; por eso, perdimos el equilibrio entre razón y emoción y dejamos que aquella, fría y



Lo que debemos aprender es a conocer nuestros estados de ánimo y sacarles provecho. ¿Cuántas veces de un fracaso extraemos una gran enseñanza o de un dolor muy grande, un alivio y una paz reconfortantes?

calculadora, a sus anchas, dirija nuestra actuación en el mundo de la vida. Creemos que por este motivo el mundo está como está: violencia desenfadada (aunque ya dijimos que la violencia controlada es, a veces, necesaria), corrupción, desasosiego, suicidios; ya pasamos de una sociedad neurótica a una esquizofrénica, ¡qué horror! magnicidios y genocidios por doquier sin sentimiento alguno.

Pensamos entonces que una educación no sólo en lo racional, sino también en lo emocional y praxiológico, logrará restablecer el equilibrio que el hombre perdió hace tiempo y producirá una mejor calidad de vida en las personas y un mundo más humano. La física cuántica nos dice hoy que hay cierta unidad entre materia, energía, mente y espíritu. Esto nos hace soñar con un mundo en el que ningún hombre podrá estar tranquilo mientras haya algún ser de la misma especie que sufra por alguna circunstancia.

Veamos un poco de historia de ese desequilibrio que padece la humanidad:

El siglo XII fue testigo del nacimiento de la Universitas, como la multiplicidad de individuos y saberes alrededor del conocimiento. Lo uno y lo múltiple hacen parte de este vocablo.

Con la creación de la Universitas

se da el redescubrimiento de la razón... y ¿por qué redescubrimiento? Porque la razón ya la habían potenciado los griegos dieciséis siglos antes. De los griegos, como ya lo dijimos, heredamos el conocimiento y de los romanos las leyes. Ahora bien, en el lapso en que Roma dominaba a Grecia, sucedió un hecho especial: El nacimiento de ese gran profeta Jesucristo, quien afirmó: "Pues de verdad os digo que hay algunos, entre los aquí presentes, que no gustarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios" (Lc. 9,27) y en otro lugar de los evangelios, sus escritores sostienen que él afirmó que no pasará esta generación y verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y gloria a juzgar a vivos y a muertos. ¿Qué provocó estos mensajes? Simplemente, la gente que los escuchó, se dedicó a salvar su alma y se hizo popular ese dicho que llegó hasta nuestros días: "de qué me sirve todo el conocimiento si pierdo mi alma? o ¿de qué me sirve todo el poder del mundo si pierdo mi alma?". Entonces, occidente todo se olvidó del conocimiento y el progreso de la ciencia se estancó durante doce siglos. Por eso, al hablarse de la Universitas, se habla del redescubrimiento de la razón.

Pero este redescubrimiento se convirtió en un raciocinio teológico; es decir, el objetivo de la educación era llegar al conocimiento de Dios; esto es, alcanzar la cer-

.....

Pensamos entonces que una educación no sólo en lo racional, sino también en lo emocional y praxiológico, logrará restablecer el equilibrio que el hombre perdió hace tiempo...

.....

teza del reino de Dios mediante la sola razón. Ahora bien, dentro de la Universitas se originó un movimiento rebelde: usar el conocimiento como liberador del yugo escolástico y como instrumento para dominar el mundo. Desde ese momento, el objetivo principal de la educación era potenciar lo racional y reprimir todo lo emocional o, en otros términos, eliminar las pasiones pues eran de origen diabólico. El hombre no se daba cuenta que estaba intentando atrofiar la mitad de su cerebro. La parte encargada de la inteligencia emocional.

Al comienzo de esta historia, la fe tenía sometida a la razón, siglos más tarde la razón científica sometía a la fe, hasta el punto de llegarse a afirmar que: La pobreza, la injusticia y la guerra serán abolidas cuando las relaciones humanas estén determinadas por principios científicos (Augusto Comte) Pero esto fue sólo ilusión. Este siglo, a pesar de los grandes avances científicos, ha presenciado la guerra, ve el hambre, la pobreza y la injusticia por doquier. Y los países que ya han superado la guerra, que no tienen pobreza ni injusticia, ahora tienen las más altas tasas de suicidio del mundo y, sobre todo, de suicidio de su juventud. ¿Por qué? Porque no basta con la educación que sólo potencia lo racional. La razón te dice: consigue este o aquel objetivo, sin importarle cómo, ni cuándo y pasando por encima de prin-

cipios, de éticas, de creencias, de sentimientos.

Hace falta educar, también, los sentimientos. Hoy se sabe que hay una estrecha interrelación entre la neocorteza cerebral (razón) y la parte límbica prefrontal (emociones) y que cada una de ellas influye sobre la otra, de tal manera que la razón sin la emoción es ciega y la emoción sin la razón es loca. La primera nos lleva a actuar sin consideraciones y la segunda nos lleva a cometer locuras. La pasión desenfrenada bloquea la razón y nos hace actuar inconscientemente. En una furia descontrolada podemos hasta matar y no darnos cuenta de nuestro acto. Y cuando dejamos de lado nuestros sentimientos, nada nos importa, sólo el objetivo propuesto. De aquí que "el fin justifica los medios". ¡grave!

Podemos concluir que es importante, y diríamos urgente, que la Universidad se preocupe por una educación integral, donde se potencie lo racional al parejo de lo emocional. Educar los sentimientos y las emociones es lo más necesario hoy para equilibrar el comportamiento de los jóvenes que son el futuro de la humanidad. Necesitamos muchachos y muchachas alegres, optimistas que sepan actuar respetando y sintiendo al otro, procurando una vida más humana.

.....
Al comienzo de esta historia, la fe tenía sometida a la razón, siglos más tarde la razón científica sometía a la fe...
.....